EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXV — DECANO DE LA PRENSA LOCAL — Núm 10.168

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 íd.—Extranjero.—Tres meses, 1·25 íd.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

MIÉRCOLES 25 DE SEPTIEMBRE DE 1895

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

Recolección

Prensas para vinos, moderno sistema.—Bombas Noel y otros sistemas para trasiegos.—Azufraderes, catadores y demás enseres necesarios al vinicultor.—Desgranaderas de panizo (6 fanegas por hora).—Embudos automáticos.—Tijeras para vendimiar, poda, etc.—Arados de vertedera.—Espino artificial.—Palos, azadas, legones, todo acero.—Carretillas y wagonetas.

INSTALACION DE RIEGOS

C. Pérez Lurbe.—Plaza de Castellini, 12

CLÍNICA MÉDICO-QUIRÚRGICA

A CARGO DEL

LICDO. JUAN J. OLIVA,

antiguo alumno interno del Hospital de San Carlos de Madrid.

Consulta de Enfermedades de Mujeres y de los ojos

HORAS DE CONSULTA DE 11 A 1. GRATIS LOS SABADOS

CALLE DE BEATAS 15

MARINA MILITAR.

Es cosa ya olvidada por sabida, que de poseer España el número de barcos suficiente y adecuados para vigilar las costas cubanas, no hubiera prosperado en la manigua la insurrección dirigida por los Maceo, los Gómez, los Rolof y demás cabezas y cabecillas de la rebeldía negrera.

Necesitábamos barcos pequeños, que calaran poco; no los teníamos, y bien cara vamos á pagar la imprevisión: con un río de dinero suficiente á comprar la poderosa escuadra que España necesita para defender sus puertos y guardar sus colonias, y con otro río de sangre, que no se puede avalorar, porque no se avalora el sentimiento ni la vida.

Si hubiéramos tenido barcos pequeños; si el general Pasquín hubiese ordenado la construcción de la escuadrilla de [illegible] destinada á Ultramar, para la cual estaba autorizado, no hubieran abordado á Cuba las numerosas expediciones que han alimentado y aumentado la rebeldía; no hubieran desembarcado en la gran Antilla los hermanos Maceo, Máximo Gómez y demás jefes insurrectos que pisaron tierra cubana mucho después de sonar en la manigua el grito de la revolución.

Es verdad que si hubiésemos tenido esos barcos no hubiésemos pecado de imprevisores. Nosotros somos así: imprevisores y rumbosos. De lo primero hemos dado la prueba; de lo segundo la estamos dando aún.

Cuantos se han ocupado en marina militar española, recordarán que formaban parte de la antigua escuadra dos acorazados: la *Numancia*, gran buque que se hizo popular entre nosotros por sus buenísimas condiciones marineras, por su gran figura, y por su historia, y la *Vitoria*, que también es un gran barco.

En poder de otra nación esas dos embarcaciones habrían sido transformadas en dos hermosos buques de combate. En poder nuestro resultan dos pontones que se pudrirán arrumbados en el rincón de un arsenal.

Inglaterra aprovecha el material antiguo, cambiando á los buques del tipo de la *Numancia* la artillería y la máquina, con lo cual va aumentando su flota de combate. Lo mismo hace Francia, que tampoco se desdeña en aprovechar lo antiguo, reformándolo. Sólo nosotros, que tenemos escasa escuadra, vemos impasibles los hermosos cascos de los dos mencionados buques, y si pensamos alguna vez que aún pueden utilizarse, ese pensamiento es fugaz y no deja huella tras de sí.

Hace tiempo se pensó en la transformación de la *Numancia*, ajustándola al tipo del *Reina Regente*, de triste recordación. Después parece que fué modificado el proyecto. De esto no estamos seguros, pero sí sabemos que fué pedido á este Departamento un presupuesto de las obras.

Esto indica que se piensa algo en la *Numancia*; pero puede ser para tan tarde que ya no haya fragata porque se la haya comido el orín.

El señor Beránger, que dicho sea de paso y sin adulación, es el mejor ministro de Marina que hemos tenido en mucho tiempo, sabe que es verdad lo que decimos. Las fragatas *Numancia* y *Vitoria*, con nueva artillería, máquinas potentes y con una transformación en el aparejo, cambiándoles el de fragata por el de brik-barca, á objeto de disminuirles guinda y cruzamen, pueden ser todavía, por mucho tiempo, dos buenos buques de combate. Así lo hemos oído infinidad de veces á personas peritas en asuntos de marina, que en nada se rozan con la oficial y así debe ser puesto que no se ha dejado de pensar oficialmente en su transformación.

La reforma de ambos buques costaría menos que un crucero de primera.

En este asunto no se ignora siquiera si los citados cascos están ó no en buen estado de servicio. Lo están desde luego; se ha evidenciado ahora levantando tres planchas de la coraza de la *Numancia*, viéndose que los pernos que las sujetaban están nuevos, nueva la madera de los forros, nuevos, como acabados de hacer, los filetes que en aquella grabó el paso de los tornillos, y vivas como el primer día las aristas de las planchas del blindage.

La reforma de que se trata puede hacerse en este Arsenal: pero como pudiera creerse que la pedíamos y aconsejábamos con miras egoistas, no nos oponemos á que se haga en cualquiera otra parte.

Sobre el interés local está el interés de la nación; y como ésta necesita barcos, hágase la reforma donde más convenga y se haga más pronto.

Con siete ú ocho millones de pesetas podemos tener dentro de medio año dos buques de combate.

¿Los tendremos ahora que nos hacen falta más que nunca?

TIJERETAZOS

San Rafael el de «La Correspondencia Militar», ha observado que D. Francisco Silvela navega en demanda del puerto liberal.

¿Qué va á hacer el hombre si sus amigos le abandonan?

Meterse donde sea.

Con lo cual, y siendo D. Francisco Silvela enemigo irreconciliable del don Francisco antequerano, habrá hecho lo mismo que motejó á éste.

Peregrinar en busca de posada.

Nadie diga en este mundo
de este agua no beberé.

Un cabecilla separatista ha matado de un tiro á un prisionero que no era militar ni había hecho armas contra él.

Era un sargento licenciado.

Y yo no sé por qué se extraña nadie de eso.

¿Qué pueden hacer los asesinos sino matar sobre seguro?

Los zapateros de Burgos proyectan subir el precio del calzado un treinta por ciento.

Con eso y con que el público proyecte no comprar zapatos ni botas habrán hecho los zapateros de Burgos un negocio loco.

Cómo agradecerán esa subida á los zapateros los fabricantes de alpargatas.

Dice un periódico de Barcelona:

«Como resultante de una reunión celebrada recientemente por los cazadores y dueños de perros, ayer fué una comisión á visitar de nuevo al señor alcalde, quien parece se mostró inclinado á una transacción favorable á los recurrentes, suspendiendo el reparto de bolas venenosas á la raza canina.»

A las pantorrillas de los transeuntes que la parta un rayo.

Antes que todo son los sabuesos, los perdigueros y los mastines del campo.

Además, hay que perpetuar la rabia perpetuando la raza canina.

NOTAS

Varios periódicos de la vecina República no omiten argumento ni texto en su campaña contra nuestra fiesta nacional.

No satisfechos con la orden del Gobierno francés prohibiendo las corridas de toros, han exhumado en su apoyo añejas censuras de la Iglesia para demostrar que ésta es adversaria declarada del espectáculo taurino.

De toda la siguiente erudición hace gala un periódico de los aludidos:

«Hace más de tres siglos, siendo Papa Pío V, se publicó una bula *De salute gregis*, en la que se lee:

«Todos los príncipes cristianos de alguna dignidad eclesiástica ó mundana, bien sea imperial ó real, cualquiera que sea el título de que se hallen revestidos, ya manden en reinos ó repúblicas, provincias, ciudades, villas y otros lugares, sean excomulgados y anatematizados *ipso facto* si permiten en su territorio este género de espectáculos sangrientos, más dignos de demonios que de hombres, tan opuestos á la piedad y á la caridad, en los que se excita á los toros, y otras bestias salvajes.»

En la parte que en la citada bula señala con el título *Agitationis taurorum* se marcan penas severas para los delincuentes.

En el anterior documento no se especifica si los toros han de ser ó no de muerte; todos los espectáculos taurinos están comprendidos en él.

No solo se refiere á las autoridades civiles, sino también á las eclesiásticas, ya sean patriarcas, primados, arzobispos, obispos, etc., pues á estos se les señalan penas y censuras canónicas.

En la misma bula *De salute gregis* se dice que la sepultura eclesiástica deberá ser negada á todos los que hayan tomado «una parte activa, sea á pié ó á caballo», en las corridas de toros, cuando

luego que pasaron algunos días, fué enviada Alicia al [illegible] de todos los [illegible] de escribir que pa o hallarse en la vecindad. Por supuesto, que la pobre muchacha lloró mucho con motivo de este cambio; pero las graves amonestaciones de Maltravers la hicieron conformarse, en apariencia, y prometió al fin, que estudiaría con empeño, y que prestaría la más seria atención á las lecciones de su nuevo maestro. No podré asegurar, sin embargo, que el fastidio fuese la única razón que indujera al idealista á renunciar su profesorado: quizás conoció el peligro á que se hallaba espuesto, y es innegable que en medio de sus ensueños llenos de atractivos y de sus brillantes travesuras, conservaba un corazón honrado y generoso. El, era aficionado á los placeres, había sido el favorito de muchas damas alemanas sentimentales; pero, era demasiado joven, demasiado vivo, demasiado novelesco para ser lo que llaman un sensualista. No podía mirar un rostro hermoso, una sonrisa inocente, y toda la simetría infalible de unas formas femeninas, con los ojos del hombre que contempla la res que quiere comprar para un vil. Es verdad, que él estaba sugeto á enamorarse ó creérselo así; pero el deseo en él nunca estaba separado de la fantasía ideal; no sabía calcular los efectos de la pasión, sin que el corazón y la imaginación tomaran parte en ella. Alicia era muy bonita, muy seducto-

ra; con todo, no estaba enamorado de ella, ni tenía intención de estarlo.

La primera noche que sobrevino después de haber cesado en las funciones de preceptor, le pareció muy larga. No obstante, como encerraba en sí mismo un grande acopio de recursos, colocó sobre una mesa á Shakespeare y á Schiller, prendió su pipa alemana, y estuvo leyendo hasta que se sintió inspirado. Entonces improvisó unas estancias, y no quedó contento hasta que les compuso la música y las cantó también porque aquel Maltravers joven y fantástico era apasionado al canto y á la música con todo el fervor de un alemán; tenía una voz muy dulce y poseía un gusto perfecto. Así como el sol hace desaparecer las estrellas, así la llama poderosa de su imaginación, luego que ardió, supo eclipsar momentáneamente aquel ligero fuego escitado por los encantos de su pupila.

Ya era tarde cuando se retiraba á su cuarto, y al cruzar por un estrecho corredor que conducía á él, oyó unos pasos ligeros, y alcanzó á ver la forma de una mujer que desapareció por una lejana puerta. «Qué joquilla!» dijo entre sí, adivinando al punto lo que había pasado; ella ha venido á oirme, yo la reñiré;» mas olvidó este propósito.

Pasó el día siguiente, pasaron otros muchos, y Maltravers casi no veía á su pupila, por quien se había

ta, tomaba un alimento frugal; la leyenda y la composición llenaban después sus largas horas, con los agradables intermedios que podían sujerir los pensamientos de un hombre á quien se le ponía por delante la perspectiva de una vida afortunada. Feliz Maltravers! la juventud, el jenio, son unos bienes que todos los Rotschild de este mundo no pueden adquirir. Y sin embargo, tú eres ambicioso, Maltravers; según tu deseo, encuentras muy lenta la marcha de la vida; tú quisieras acelerar el movimiento de las ruedas del reloj, loco insaciable! Tú tienes diez y ocho años, eres poeta, qué más te falta? Ruega al tiempo que se detenga para siempre.

Una mañana, habiéndose levantado Ernesto más temprano de lo que acostumbraba, se entretenía en recorrer el invernáculo en examinar las plantas con una apacible curiosidad. El, era algo botánico; además, tenía ideas singulares sobre la vida vejetal, veía en ella ciertos misterios que los recogedores de yerbas no sabían esplicar. Oyó de pronto una voz baja y melodiosa, que cantaba á corta distancia. Prestó atención y reconoció versos hechos por él, para los cuales había compuesto un aire tan de su gusto, que lo había cantado repetidas veces.

Cuando paró el canto, cruzó Maltravers tranquilamente por el invernáculo, abrió la puerta que daba al jardín, y vió á Alicia en la ventana de un cuar-